

Ámbar

A Osvaldo

Pulso de cuadradas piedras que se caen,
por cada una se desprende el valor de nuestra
amistad.

Cuadrada ciudad como cuentas de muchos colores:
cuadrilátero infernal de cerro en cerro,
desordenado para llegar a ti.
¿Cómo puedo contarlas, tan dispersas?

El vendedor las pesó bien,
pero nos engañaron.
Despilfarro de cuentas ámbar
contra el tiempo que duró nuestro encuentro.
El resultado de conversar sin aire en la colina:
una inquietud de contemplar tu mano,
ancha y cortante contra el filo del vaso de cerveza.

¿Qué ha quedado de nosotros?
¿La vanidad de mover las piedras
en el aire insatisfecho y sin ilusión?
¿Hojuelas de maíz tierno contaminadas por el
vapor
del distrito, quemadas?
¿Carne cruda de Japón
que estremece y entumece la doblez de mi lengua?

Pruebo un helado de té verde.
“Como masticar jade”, dices paralizando mi risa
nerviosa
al remover con la cucharita de plata el temblor
de la tierra.
Ese temblor de mi boca que recibe de tu mano
la joya invisible,
la promesa sostenida que me das a probar.

“Él fue mi juventud”, repito
y la cuchara suena.
Un broche de plata en la muñeca para cerrar un pacto
con el esfuerzo carbonizado de querer.

Pero las piedras dicen que volverás al comienzo
(tú conmigo).
Ellas regresan ahora como un pulso finito,
luego volverán como una sogá alrededor del cuello
o dentro de un reloj acostumbrado a mentir.
Infinita caravana de piedras
rodeándonos.
Cuadriláteros portátiles
escupiendo cenizas art decó.

“El pulso por la vida”, ha dicho el vendedor, siempre
estafándonos.
Uno más de aquellos viejos anticuarios
a quien entregamos de por vida el valor de nuestra
amistad.

Y lo traje de vuelta, lo escondí bajo la almohada.
Lo oculté como pude para no masticar las veinticuatro
horas
cenizas de ámbar.
Porque ya te he perdido muchas veces
entre el rojo solitario del volcán
eructando su roca más incandescente, tú.

Ahora las piedras que me diste coronarán esta
erupción.
Quizás la última erupción bajo mi cabeza,
fríamente. —